

Apuntes sobre la relación entre fe y política

“Sabiduría es andar por la vida con humildad”
José Martí.

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

I

La fe cristiana es una especie de certidumbre, de convicción, acerca de que Dios existe y se hizo presente en la historia por medio de Jesucristo. Constituye, además, la seguridad de que toda divinidad, todo milagro, toda infinitud y todo el Evangelio de Jesús se concretan a través del amor que seamos capaces de derrochar en cada instante, en cada acto. Un amor que, como invitó Cristo, debe fundamentarse en amar al prójimo como a uno mismo, aunque este sea su enemigo. Por otro lado, quiero precisar, el núcleo del ejercicio de tal amor ha de estar signado por la compasión, que no es más que la capacidad de ponerse en el lugar de los otros, de sentir como ellos y hasta de morir por conseguir lo que estos necesitan para realizar su dignidad. Y dicha donación, repito, hay que realizarla a favor de todas las personas, incluso de los enemigos, y en cada momento, en cada circunstancia, por difíciles que sean. También resulta imprescindible destacar que el cristiano suele conseguir la necesaria fortaleza, voluntad y espiritualidad para ser testigo de esta nueva relación humana gracias al encuentro con Jesús, al diálogo con Él, a la oración. Este es el Reino de Dios, que se realiza en la tierra en la medida que las personas lo hagan vida. Esta es la cultura del amor que fundó Jesucristo y predica el magisterio de la Iglesia. Otra manera de sentirlo, razonarlo y vivirlo podría ser expresión de una fe endeble o difusa. También sería posible encontrar una supuesta fe robusta que se exprese a través de un sistema de creencias, sentimientos, actitudes, ideas y reglas que muchas veces no sea digno de ese nuevo ideal de vida. En este caso dicha “espiritualidad” se alejaría del cristianismo y podría convertirse en una ideología petrificada –incapaz de ser interpelada y a veces engreída, hipócrita y manipuladora.

Resultaría difícil comprometerse con ese amor que no debe conocer exclusiones (ni de personas, ni de momentos y circunstancias), sin comprender la pasión y la crucifixión de Jesús, e integrar esa mística a la espiritualidad personal. En este episodio de la vida de Cristo se expresa de manera elocuente el dolor del abandono,

de la intriga, de la traición, del oportunismo, de la injusticia. Sin embargo, también se pone de manifiesto de forma sublime la capacidad de perdonar, de comprender que el otro o los otros nos pueden hacer daño, pero que igualmente hemos de sentir misericordia por la carencia humana que los conduce a actuar de esa manera y no dejar de entregar nuestro esfuerzo, incluso nuestra vida, por el bien de estos. Dicho evento del Evangelio nos coloca ante el deber de aceptar los dolores que nos impone cotidianamente la vida, aun aquellos de envergaduras dramáticas, y perdonar a quienes los provocan, y trabajar por el bien de todos, incluso de estos. Existe una relación intrínseca entre el perdón y ese amor inconmensurable que propone el Evangelio. Sin capacidad para perdonar cada embate, grande o pequeño, se hace imposible amar al otro como a uno mismo. De esta manera es posible asegurar que la compasión, el perdón, el sacrificio y la entrega total al otro, constituyen esencias del amor cristiano. Otra manera de sentir y expresar el amor, no es suficientemente cristiana.

Desde tal espiritualidad y en continua relación con Dios, es posible contemplar (lo cual implica el discernimiento y la acción) la realidad de una manera novedosa, mejor. Entre los ámbitos de la realidad que podemos examinar y desarrollar se encuentran la persona y la sociedad, la cultura y la historia, la economía y el trabajo, la naturaleza y la ciencia, el derecho y la política. Sin embargo, debo destacar que esta probable capacidad para comprender la vida con la ayuda del Creador no debe hacer del cristiano una persona presumida, pues la historia ha demostrado que en innumerables ocasiones debemos aprender de muchísimas personas sin fe que nos superan en sabiduría y bondad. Siempre hemos de recordar que santa Teresa de Jesús nos precisó que la humildad es la verdad que nos había dejado Jesucristo.

II

Imbuido de estas convicciones, de esta espiritualidad, de dicha mística, el cristiano debe imprimir una

característica particular en cada una de sus conductas en todos los ámbitos de la sociedad, incluso en la política.

Para un cristiano debe resultar imperioso el desempeño político, porque por medio de este se garantiza el orden social debido que ha de asegurar, a su vez, el cumplimiento de la responsabilidad general de todas las personas. No resulta posible ser un buen padre, un buen hijo, un buen amigo, un buen vecino, un buen profesional, un buen ciudadano, sin un orden socio-político que brinde las garantías requeridas para serlo. Y no habrá un orden socio-político adecuado sin una convivencia sana que se instituya sobre la participación política, protagónica y responsable, de todos. Por ello, para un discípulo de Jesucristo la política ha de ser un servicio y un deber.

Sin embargo, para llamarse cristiano en el desempeño de la política se hace forzoso perseverar para ofrecer un fiel testimonio de Jesús. Es imprescindible que en el empeño, los cristianos tratemos de ser honestos e íntegros, honrados y humildes, desprejuiciados y magnánimos, responsables y pacíficos, tenaces y prudentes, capaces de exigir y ceder, apasionados, pero desechando en ello el posible componente de maldad, investigadores tranquilos de los males comunes y promotores de una armonía social lograda a través del respeto y la misericordia, el perdón y la reconciliación, la estabilidad y la gradualidad.

Es posible lo anterior, pues la fe cristiana puede ser capaz de dotar a sus fieles de una metodología de la apertura y la acogida, de la fraternidad y la integración. La única verdad que nos dejó Jesucristo, y que será acerca de lo cual nos juzgará en su momento, es buscar el bien, el bien de todos. Y el bien de todos no se logra sin la participación libre y activa de todos. Y la participación libre y activa de todos no será real si cada cual no puede hacerlo desde su propia identidad. Por ello, el cristiano debe considerar al máximo todas las actitudes y todos los criterios, aun cuando no les sean simpáticos. Se hace forzoso aceptar *a priori* que el prójimo puede tener razón o al menos una buena parte de ella. Para eso, es imprescindible aceptar que ningún criterio ha de ser forzosamente expresión absoluta de la verdad, pues nadie posee el monopolio del conocimiento y de la información universal, imprescindibles para lograr un juicio absoluto de las cosas. En tal sentido, es posible afirmar que el criterio de cada persona solo puede poseer algunos aspectos, elementos o momentos de la verdad. Por tanto, podemos concluir que la unidad de la verdad es pluralista y por ende nos orienta hacia un diálogo libre e integrador.

Claro está que para lograr dicho respeto y el mencionado diálogo es indispensable la humildad. Sin ella puede ser difícil aceptar que quizá el prójimo tenga razón, así como la necesidad de discernir juntos para acercarse a la verdad, a lo correcto. La humildad es la

capacidad humana de comprender que nadie es superior a otro en dignidad y como consecuencia en opinión, derechos y deberes, y que por tanto únicamente desde una gestión común y fraterna es posible procurar lo correcto, lo justo. Pero la humildad -resulta necesario reconocer- es una virtud propia de personas inteligentes y bondadosas, equilibradas psicológicamente y seguras de sí mismas, educadas en el corazón y en la mente.

Todo lo anterior es factible de conseguir mediante el desarrollo del alma, de la razón y de la voluntad, y a ello puede contribuir la mística cristiana. Se hace imprescindible que la Iglesia católica, las iglesias ortodoxas y las otras denominaciones cristianas, cincelen y articulen, con gran compromiso, la espiritualidad que emana de su fe. Otro aspecto importante en este orden es la educación, y a ella debe prestarle mucho esmero cada cristiano que por fe ha de procurar el bien de todos. Se hace forzoso precisar que los resultados positivos de cualquier sistema educativo siempre estarán relacionados muy intensamente con el desempeño cultural y con la posibilidad de un sistema de información que permita tanto el conocimiento de la noticia como el discernimiento objetivo de la misma. A través de la espiritualidad, la educación, la cultura y la información, las personas han de poder conseguir la capacitación necesaria para poder realizar sus mayores cuotas de libertad e igualdad, así como su desempeño político, en las circunstancias reales que impone la vida en cualquier país del mundo, muchas veces por medio de una cruel competencia. Para lograr el desarrollo cultural, educativo e informativo, al cristiano no le basta con lo que ofrecen sus iglesias, sino que necesita de la sociedad toda, de las instituciones civiles encargadas de gestionar esas necesidades, esos derechos. Sin embargo, también las iglesias han de poder contribuir, con sus aportes particulares, al crecimiento cultural, educativo e informativo de la sociedad.

Convencidos del compromiso con estas perspectivas el discípulo de Jesús puede llamarse cristiano en el ejercicio de la política. En tal sentido, debe impregnar de los mismos el quehacer encaminado a formar la opinión y la voluntad política, monitorear las instituciones públicas, elegir a las autoridades y controlarlas, ofrecer propuestas concretas, así como aceptar tareas y cargos públicos.

Sin embargo, esto no significa que los cristianos no puedan tener diversas preferencias políticas. Todos deben compartir principios, perspectivas y metodologías, pero pueden distinguirse en preferencias. Estas diferencias suelen estar relacionadas con predilecciones en cuanto a instrumentos, a tácticas, a estrategias y a protagonismos, que colocan a unos hacia la izquierda y a otros hacia la derecha del espectro político, pero no deben diferenciarse en las esencias y los fines. No obstante, tampoco estoy negando que históricamente

los cristianos se hayan diferenciado igualmente en las esencias y los fines, aunque esto pueda resultar una disonancia.

III

El desarrollo de la relación entre la fe y la política pasa inexorablemente por el quehacer de las iglesias. La Iglesia católica, por su parte, para realizar su catolicidad (aspiración de universalidad) y ser madre de todos los seres humanos, aun de aquellos que no tengan fe, e incluso de quienes rechazan la fe, ha de abrirse a todo el espectro social. Para ello ha de ofrecer espacios con el propósito de que todos puedan expresarse, siempre que la intención sea procurar el bien por medio del bien, para dialogar sobre todos los temas humanos y divinos, aun con aquellos criterios que sean hostiles a doctrinas de la Iglesia. Pero, además, esto debería exigirle asumir lo positivo de todo el abanico de opiniones y deseos de la sociedad, perfilarlo desde fundamentos evangélicos y promoverlo. Ello reclamaría, igualmente, que la Iglesia acompañe, sin afán de hegemonismo religioso y moral, a todas las personas, aunque no tengan fe, en su camino por la vida, pues ello los ayudaría a ser más humano y por ende conseguir una mayor vida espiritual. Y esta obligación incluye a la política. Pero, ¿cómo realizar esto último? -esta es la pregunta.

La Iglesia debe hacerlo de la misma manera que acompaña a todos los fieles, tengan estos una profesión u otra, cualquier vocación, o ninguna. Mostrándoles el Evangelio e invitándolos a que se conviertan en testigos de Jesucristo, consolidando la fe de los creyentes, educándolos en las verdades de la fe y en la moral cristiana, iniciándolos en la filosofía social y en la teología de las realidades temporales, enseñándoles la doctrina social de la Iglesia y la cultura cristiana. Y lo más importante, cultivando la espiritualidad y la mística cristianas.

También acompaña a los fieles en el desempeño de la política cuando persuade acerca de las necesarias garantías a los derechos de todas las personas, entre los cuales se encuentran los derechos políticos. Igualmente cuando aconseja que estos no sean quebrantados e intercede, de manera sensata, a favor de quienes tienen limitadas sus libertades. Del mismo modo acompaña a los fieles en el ejercicio de la política cuando los pastores se pronuncian acerca de la realidad y la Iglesia posibilita el debido discernimiento espiritual de los cristianos en relación con las urgencias sociales y la responsabilidad política personal. De igual forma los acompaña cuando favorece la armonía espiritual entre los cristianos con criterios políticos diversos. En cuanto a esto último, se conoce de iniciativas que se han hecho extensivas, incluso, hasta con personas no creyentes – por supuesto, cuando estas han estado de acuerdo.

Pero también debe acompañar en el desempeño de la política, de una forma más directa, a las perso-

nas que no forman parte de su feligresía. Para hacerlo ha de recibir en su seno a todos y acompañarlos existencialmente, con independencia de sus preferencias político-ideológicas. También debe constituir foros que faciliten el estudio y el debate mancomunado acerca de la realidad política (entendiendo la política en su sentido más amplio) y sus desafíos. En este desempeño, que ha de efectuarse junto a todos los actores sociales, debe promover los criterios más sensatos, e integrar y defender, a luz del Evangelio, los mejores argumentos y propuestas de todas las personas, de todos los grupos, de todos los sectores, de todas las partes. Por supuesto, en ello debe cuidar no sustituir el quehacer de ninguna institución o sector social, pues eso no corresponde a la naturaleza de la Iglesia, sino solo facilitar que en estos pueda darse el encuentro y siempre se procure el bien de todos. Muchos pudieran ser los ejemplos de cómo la Iglesia debe acompañar a los hijos de Dios en el desempeño de las responsabilidades políticas.

IV

Sin embargo, resultará siempre una tarea pendiente el crecimiento espiritual de los cristianos para conseguir un desempeño político capaz de dar testimonio del Evangelio. También resultará siempre una tarea pendiente procurar el mejor entendimiento y la mayor unidad posibles entre los cristianos en aquellas materias relacionadas con la política. Y no debemos renunciar a considerar igualmente como una tarea siempre pendiente la armonía y la unidad con todas aquellas otras personas, de buena voluntad, que no tienen fe, pero que los anima en el quehacer político grandes principios e ideales, también trascendentes. Únicamente así lograremos asegurar la posibilidad de trabajar por un mundo cada vez más redimido. Para lograr dicho entendimiento, dicha armonía, dicha unidad, y conseguir mayor justicia para todos, nos hará falta –reitero- mucha humildad. Y no hago esta afirmación sobre criterios superficiales. La hago convencido de que solo quienes posean la suficiente humildad, tengan o no fe religiosa, podrán integrar a la gestión política la apertura, el respeto, la acogida, la compasión, el perdón, el sacrificio y la entrega total al otro, claves de cualquier mejoramiento humano.